

Europa ante Scholz

Guillermo Íñiguez
Analista político.
Graduado en la Universidad
de Cambridge

La victoria del SPD –la cuarta en 72 años de República Federal– ofrece un horizonte de esperanza para el centro izquierda europeo. Mediante el *scholzismo*, la socialdemocracia puede haber encontrado una retórica que le permita ensanchar su base electoral. Scholz ha hecho suyos varios temas: el respeto y la dignidad como valores a los que debe aspirar la sociedad; y el empleo de calidad y el salario mínimo como instrumentos para garantizar dichos valores. Estos conceptos forman el núcleo de lo que Jeremy Cliffe ha denominado el *scholzismo*: una filosofía política rica, madurada a lo largo de una larga trayectoria política e inspirada en pensadores como Dani Rodrik, Branko Milanovic o Michael Sandel.

Cuando, a mediados de 2020, Olaf Scholz fue ratificado como candidato del SPD, el partido se encontraba en plena travesía por el desierto: bordeando el 15% en las encuestas, a más de 20 puntos de la CDU y habiendo sido *sorpassado* por los Verdes como segunda fuerza política. Poco más de un año después, tras las elecciones más abiertas en tres lustros, el sajón ha comandado a su partido hasta el 25.7% de los votos, derrotando a la CDU por primera vez desde 2002 y llevado a su partido a su cuarta victoria electoral en 72 años de República Federal.

Para muchos, la inesperada victoria del SPD es una nueva demostración de que, tras más de una década de crisis electoral, la socialdemocracia europea está renaciendo de sus cenizas. Es probable que dicho análisis sea precipitado. Pero pese a ello, hay tres razones por las cuales el 26-S puede suponer un cambio de paradigma en la política europea: porque ofrece valiosas lecciones para la socialdemocracia europea, porque abre una ventana de oportunidad a nivel europeo y porque puede conllevar una pérdida de peso del Partido Popular Europeo tras quince años de dominio sobre las instituciones comunitarias.

Entender el *scholzismo*

Uno de los mantras más repetidos en las últimas semanas es que la remontada de Olaf Scholz se

debía, casi exclusivamente, a su prudencia: ante dos candidatos torpes y en unas elecciones marcadas por el fin de la era Merkel, al sajón, un político veterano, pero sin carisma alguno, le ha bastado con saber jugar sus cartas, minimizar sus errores y presentarse como el candidato más *merkeliano* de todos. Hubiera bastado con que su rival hubiera sido más hábil –la propia Merkel, por ejemplo, pero también el bávaro Markus Söder– para que Scholz se hubiera visto en apuros.

La victoria del SPD, sin embargo, tiene unas raíces mucho más profundas, y analizarlas es fundamental para entender las lecciones que ofrece a la socialdemocracia europea. En una campaña electoral que ha durado casi diez meses, las bases de la remontada del SPD se sentaron entre marzo y julio de este año. Durante estos cinco meses de travesía por el desierto, con unas encuestas que le daban un 15% de intención de voto, el partido supo no tirar la toalla, mantener un perfil bajo y esperar a que se desgastasen, paulatinamente, los Verdes y la CDU. La falta de presión política y atención mediática le permitió, a su vez, ensayar el discurso que dominaría su campaña.

A lo largo del último mes y medio, Scholz ha hecho suyos cuatro temas: el respeto y la dignidad como valores a los cual debe aspirar la sociedad; y el empleo de calidad y el salario mínimo como instrumentos para



garantizar dichos valores. Estos cuatro conceptos forman el núcleo de lo que Jeremy Cliffe ha denominado el *scholzismo*: una filosofía política rica, madurada a lo largo de una larga trayectoria política e inspirada en pensadores como Dani Rodrik, Branko Milanovic o Michael Sandel. Mediante el *scholzismo*, y frente a las dificultades con la cuales se han topado otros partidos socialistas, el partido ha logrado hacer de la socialdemocracia "un hilo conductor entre progresistas de clase media, la vieja clase obrera y el nuevo *precariado*", convirtiéndola en una

Salvo un giro de guion mayúsculo, el próximo gobierno federal lo formarán SPD, Verdes y los liberales del FDP. La marcha de Merkel y la investidura de una nueva coalición de gobierno —el primer ejecutivo "semáforo" a nivel federal— tendrá importantes consecuencias no solo en Alemania, sino para los equilibrios políticos a nivel europeo.

opción atractiva para votantes que le habían dado la espalda. Pese a su campaña aparentemente anodina,

por lo tanto, Olaf Scholz ha logrado algo fundamental: por primera vez en varios lustros, la socialdemocracia puede haber encontrado un discurso con el cual consolidar, si no una nueva edad de oro, sí un proyecto político a medio plazo.

Un nuevo equilibrio político

Con el paso de los días, las dudas que surgieron el 26-S se están disipando: salvo giro de guion mayúsculo, el próximo gobierno federal lo formarán SPD, Verdes y los liberales del FDP. Así pues, la marcha de Merkel y la investidura de una nueva coalición de gobierno —el primer ejecutivo "semáforo" a nivel federal— tendrá importantes consecuencias no solo en Alemania, sino para los equilibrios políticos a nivel europeo.

Para empezar, la marcha de Merkel dejará un vacío de liderazgo que difícilmente podrá llenar Olaf Scholz. Ello no significa, por supuesto, que Alemania vaya a dar un paso atrás en Europa: seguirá ejerciendo un papel



fundamental, actuando de contrapeso contra Francia y guiándose por sus propios intereses –ante todo, económicos– a la hora de acelerar o ralentizar la integración europea. Sin embargo, el fin de la era Merkel dará paso a un Consejo Europeo más coral, en el cual distintos países –Francia, Italia o España– y alianzas políticas –los llamados “frugales”, el grupo de Visegrado o incluso el grupo de países mediterráneos– dispondrán de una oportunidad inmejorable para plantar cara al eje franco-alemán.

Aún más importante a medio plazo puede ser la nueva relación de fuerzas entre las principales familias políticas europeas. Una Alemania liderada por Scholz dejaría al Partido Popular Europeo (PPE) sin los cuatro principales gobiernos del continente –Francia, Italia, España y la propia Alemania– y con Grecia y Austria como ejecutivos más destacados. De consolidarse este escenario –Emmanuel Macron, Mario Draghi y Pedro Sánchez acudirán a las urnas en los próximos dos años–, la política europea podría dar un vuelco en el próximo reparto de carteras, al cual los socialistas, los liberales e incluso los verdes llegarían con grandes opciones de mejorar su situación actual. Tras quince años de dominio absoluto de los *populares*, la derrota de la CDU puede ser la antesala de una pérdida de poder a nivel europeo, que culmine, en 2024, con la pérdida de la Comisión Europea.

La incógnita Lindner

Si el 26-S tuvo una nota amarga para el SPD, esta fue, sin duda, su futura dependencia del FDP. De los cuatro grandes partidos alemanes, los de Christian Lindner son los más euroescépticos, oponiéndose a la integración económica europea, a la consolidación del fondo Next Generation EU como instrumento permanente o a la relajación de las reglas fiscales que reclaman gobiernos como el español. Si su campaña electoral, en la cual ha hecho de la rectitud fiscal su bandera, hace prever que el partido pedirá la cartera de Finanzas como condición *sine qua non* para apoyar la investidura de Scholz, su posición como “hacedor de reyes” entre SPD y CDU le otorgará, previsiblemente, un gran poder negociador ante los socialistas. Los riesgos que ello conlleva son obvios: a nivel federal, los desacuerdos programáticos entre SPD, Verdes y FDP podrían hacer saltar por los aires un acuerdo de coalición, a nivel europeo, la ortodoxia económica del FDP podría frenar cualquier avance fiscal por parte del próximo gobierno.

Existen, pese a ello, razones para el optimismo. Para empezar, el escenario político está menos abierto de lo que pudiera parecer el propio domingo: los tres posibles socios de gobierno, el electorado y la propia CDU parecen coincidir en que el próximo ejecutivo será semáforo. En segundo lugar, Lindner



afronta las negociaciones con la obligación de entrar en el gobierno, tras tumbar un acuerdo con CDU y los Verdes en 2017: deberá, por ello, medir bien sus fuerzas. Por último, los liberales llevan tiempo allanando el terreno para un futuro acuerdo, mostrando su buena sintonía con los Verdes, rebajando sus líneas rojas y distanciándose del equilibrio presupuestario de la CDU más ortodoxa.

Una Alemania liderada por el SPD puede poner fin a la hegemonía conservadora en el Consejo. Y pese a la presencia del FDP en el próximo gobierno, un gobierno semáforo no supondrá la vuelta a la ortodoxia alemana de décadas pasadas. Al contrario, puede abrir la puerta al cambio que necesita Europa tras dieciséis años de Angela Merkel.

Es aquí, incide Adam Tooze, donde los tres partidos pueden trazar un acuerdo de gobierno –aunque sea de mínimos– que facilite una política fiscal más expansiva tanto en Alemania como en Europa. Un FDP que se hiciese con Finanzas, por ejemplo, podría salvar la cara ante sus votantes, presentándose como

el garante de la “moderación” del gobierno y evitando grandes subidas fiscales. Mientras tanto, concluye Tooze, los Verdes se podrían hacer con una macrocartera de energía e industria, la cual, aprovechando el desapego de Lindner hacia el equilibrio presupuestario, tendría margen para aprobar un ambicioso paquete de inversiones en infraestructura, transición energética y digitalización que contentase a los tres partidos.

Aún es pronto para entender lo que supondrá la *era Scholz*. Sin embargo, la victoria del SPD –la cuarta en 72 años de República Federal– ofrece un horizonte de esperanza para el centro izquierda europeo. Mediante el *scholzismo*, la socialdemocracia puede haber encontrado una retórica que le permita ensanchar su base electoral. A nivel europeo, una Alemania liderada por el SPD puede poner fin a la hegemonía conservadora en el Consejo. Y pese a la presencia del FDP en el próximo gobierno, un gobierno semáforo no supondrá la vuelta a la ortodoxia alemana de décadas pasadas – puede, por el contrario, abrir la puerta al cambio que necesita Europa tras dieciséis años de Angela Merkel.

TEMAS